



EL CLARÍN

Relaciones horizontales

El ser humano: individuo, sujeto, persona

Pedro Trigo, s.j.*

Darle sentido a nuestra existencia pasa por comprender que nuestra humanidad está definida por la forma en la que nos relacionamos con nuestros hermanos; reconociendo y aceptando nuestra individualidad, asumiendo con responsabilidad nuestra sujetualidad y, a partir de ello, forjando relaciones horizontales, abiertas y humanizadoras como personas

Las tres dimensiones del ser humano en nuestro pueblo y en el orden establecido.

En Nuestra América se estiman las tres dimensiones del ser humano: tanto la individualidad, el que cada quien sea él mismo y desarrolle lo más genuino que tiene; como la condición de sujeto, que con sus acciones construya su vida y se haga responsable de ella; como a la persona, que se caracteriza por la convivialidad, por las relaciones de entrega de sí horizontal, gratuita y abierta.

Resentimos que alguien sea individualista y que solo exista para sí mismo o que quiera llevar siempre la voz cantante; pero nos parece muy bien que se cultive, que tenga riqueza humana, que viva desde su ser más auténtico, que tenga qué aportar. A un ser así lo alabamos y, más aún, lo requerimos para que nos enriquezca con su trato, y a todos nos parece bien que haya personas así en nuestro entorno y en las instituciones a las que pertenecemos.

Tampoco valoramos a alguien ansioso, pendiente solo de lo suyo, que solo tiene tiempo y atención para sus objetivos personalistas, que se esfuerza mucho, pero solo para sí. Pero a todos nos parece bien que la gente se responsabilice de su vida, que asuma los compromisos que ha adquirido y que los lleve a cabo a plenitud, que sea una persona tenaz en cumplir lo que vale, lo que le edifica a él mismo como ser humano digno y de provecho y a los demás con los que vive. Vivir con alguien responsable da gusto. Todos quieren vivir con gente así.

A nadie le gusta estar con gente personalista, que se relaciona con los demás para ponerlos al servicio de lo suyo, para convertirlos en satélites suyos. Pero todos quieren convivir con quienes viven conviviendo horizontalmente y de modo abierto, dando con alegría y pidiendo

con sencillez, dándose a sí mismos gratuitamente y con discreción, ayudando a crear comunidades y cuerpos sociales abiertos y humanizadores.

Así pues, ser humanos como individuos cualificados, como sujetos responsables y como personas entregadas gratuitamente a los demás es algo muy valorado por el pueblo latinoamericano. Pero estas dimensiones del ser humano no se suelen respetar en la dirección dominante de esta figura histórica porque la consideración del individuo tiende a ser genérica (miembro de diversos conjuntos) o queda reducido al individualista a quien se le sugestionan para que consuma según su gusto o conveniencia dentro de un menú prefabricado; porque se presiona para que la condición de sujeto se restrinja al menú dado, o sea, que no sea verdadero sujeto sino que se entregue a su pasión dominante dentro de las coordenadas del sistema; por ejemplo, a hacer dinero o a mandar o a tener todo lo que le apetezca; y porque la persona como relaciones constituyentes no existe en el ambiente que se impone, aunque para el pueblo la convivialidad sigue siendo algo muy apetecible¹.

La razón es que ordinariamente en el orden establecido uno no se cultiva a sí mismo, más allá de los requerimientos del sistema, que para muchos son una carga insoportable. Por eso no hace silencio, es incapaz de soledad, de estar ante el santuario de la conciencia. Además, se le hace difícil, demasiado cuesta arriba, asumir responsabilidades, responsabilizarse de sí mismo: ser un verdadero sujeto humano; dice que lo estresa. Pero lo que es más heterogéneo de la propuesta establecida es vivir en relaciones constituyentes que personalicen. El individualismo es la ideología encubridora de la pretensión de las grandes corporaciones de convertirnos en adictos a sus mercancías encantándonos y para eso haciéndonos creer que somos individuos que elegimos lo que preferimos que es, en realidad, lo que ellos nos meten por los ojos. Vamos a desarrollar esta propuesta, característica de la antropología cristiana.

Nuestra condición del ser humano tiene que tomar en cuenta y fomentar la singularidad de cada quien, es decir, nuestra condición de individuos; la importancia de asumir responsabilidades, o sea, nuestra condición de sujetos; y la relación constituyente, que es la que nos hace personas.

Si nos aceptamos como individuos, estaremos en silencio con nosotros mismos. Para estar así, en silencio, tenemos que hacer silencio de la realidad para que aflore nuestro interior.

SOMOS YOS QUE TIENEN QUE RECONOCERSE, ACEPTARSE, HABITARSE, OPTIMIZARSE

Ante todo, somos individuos. Individuo viene del latín: *indivisus*, que no se puede dividir. El yo es la unidad última que nos constituye. Cada uno somos ese yo del que no podemos separarnos nunca. Podremos mirar hacia otro lado, podemos tomarnos como meros elementos de conjuntos y vivir en cada uno conductualmente. Podemos arrimarnos a una persona o a una institución y vivir obedeciendo sus dictados y sentir así seguridad y vivir de la vida que nos dan. Podemos dejar que la vida nos viva y vivir en cada momento siguiendo el pulso a lo que vaya viniendo². Pero, aunque no queramos asumirnos como ese individuo único que somos, aunque no queramos responsabilizarnos de nosotros mismos, de hecho, hagamos lo que hagamos, siempre nos afectamos, de tal modo que lo que hagamos nos va configurando.

Por eso, con lo que vamos viviendo, nos hacemos o nos deshacemos, nos construimos o nos destruimos, porque lo vivimos nosotros, aunque no queramos aceptarlo. No pensar en nosotros, no evita que siempre sigamos siendo ese yo ladeado.

Por eso la peor decisión que podemos tomar respecto de nosotros mismos es no tomar ninguna decisión respecto de ese yo inevitable que somos.

Los seres humanos tenemos conciencia de nosotros mismos, aun en el caso de que no queramos reconocer que tenemos conciencia, aun cuando, según la terminología de Descartes, sea una conciencia clara pero no distinta. Tenemos que aprender a vernos, a reconocernos, a hacer justicia a la realidad que somos. Nos tenemos que hacer cargo de nosotros mismos, tenemos que asumir el yo concreto que somos.

Necesitamos hacer todo eso porque, en principio, es decir, de buenas a primeras, no somos transparentes a nosotros mismos. No es tan fácil detectar tanto nuestros haberes, nuestras facultades, nuestras potencialidades, nuestras dotes, como los contenidos concretos: lo que pensamos, sentimos, deseamos, soñamos y queremos, nuestros temores, nuestras fragilidades, nuestras heridas, las pulsiones primarias que resisten a nuestro trabajo, lo que nos apasiona, lo que nos mueve...

Para reconocernos, para emprender ese proceso arduo y constante de tener

una conciencia realista de nosotros mismos, tenemos que amarnos como somos y aspirar a ser lo mejor posible y para eso tenemos que aceptarnos y tenemos que tener esperanza en que podemos desarrollarnos, seguir avanzando, que podemos optimizarnos. No es tan fácil amarnos, aceptar eso concreto, único, que somos. No es tan fácil querer ser ese ser que somos y emprender el arduo proceso de optimizarnos. Muchas veces se prefiere proyectar imágenes ilusorias e identificarse con ellas. O, si no, dejar que la vida nos viva y ser solo lo que vamos viviendo en cada ocasión. Por eso tenemos que empezar por aceptarnos, aceptar nuestro ser concreto, más aún, único y en proceso, para desarrollarnos todo lo posible.

Si nos aceptamos básicamente, podremos emprender el proceso consciente, humilde, decidido, de conocernos, conocer nuestro estado actual y nuestras potencialidades, para habitarnos y dar de nosotros mismos. La máxima del oráculo de Delfos: "conócete a ti mismo", es, en verdad, un encargo sagrado. Es sagrado porque hemos sido creados, no estamos en el mundo por una fatalidad. Somos don: de nuestros padres y de tantos otros que nos han puesto a la altura del tiempo, pero, en último término, de la relación constante y gratuita, amorosa, de Dios. Si somos hijos de amor, somos verdaderos, hermosos y buenos. Lo somos de una manera determinada: a la medida del don recibido; pero lo somos, sin duda. Porque el amor, del que procedemos, es fecundo. Eso es lo que tenemos que ver en concreto. Pero, ante todo tenemos que creer que lo somos. Esto es el principio y fundamento de todo.

Si nos aceptamos como individuos, estaremos en silencio con nosotros mismos. Para estar así, en silencio, tenemos que hacer silencio de la realidad para que aflore nuestro interior. Y para hacerlo requerimos soledad. No podemos andar todo el rato con el radio o el televisor prendidos ni podemos pasárnosla siempre conectados a las redes digitales. Tenemos que poder estar con nosotros mismos. Tenemos que confesar que muy frecuentemente tenemos miedo a la soledad porque tenemos miedo a que aflore lo que tenemos dentro reprimido o incluso suprimido. Pensamos que nuestro equilibrio es precario y no podemos arriesgarnos a perderlo.

Tenemos que tener esperanza en que podremos llegar a una unificación in-

Si me trato, así como individuo, aprendo a ver a los otros individuos, a respetarlos, a admirar aquello que tienen de más trascendente, a ayudar a que lo desarrollen, a ayudarme de sus procesos para estimular el mío. Se da la convivencia, la ayuda mutua, la emulación positiva.



REUTERS

terior. Para lograrlo tenemos que conocer las diversas fuerzas que operan en nosotros: las pulsiones, los deseos, los sueños, los querer. Tenemos que confiar en que podremos lograr una verdadera armonía sin mutilar nada de lo que nos constituye, convenciendo a cada aspecto para que se alineen constructivamente, porque en el organismo que somos, que por eso los antiguos lo llamaban microcosmos, todo es necesario y todo tiene su puesto, su función y su sentido. Pero para eso debe ordenarse de modo que en definitiva todo llegue a ser expresión de amor, de ese amor que es la fuente de nuestro ser y que nos constituye. Lo que en nosotros no es expresión de amor y sobre todo lo que es incompatible con él no es lo genuino nuestro. Y por eso, si es un contenido, debe ser desechado, y si es un elemento de nuestra individualidad debe ser transformado porque ha sido deteriorado por acciones deshumanizadoras y puede ser rehecho por otras de signo contrario que lo restablezcan.

Todo es susceptible de ordenarse, si todo lo hacemos desde el santuario de nuestra conciencia³. Que no es el supergo que pretende que todo se cuadre respecto de una ley heterónoma, sino lo más trascendente de nosotros mismos, ese amor primordial, que es el principio y fundamento de mi yo, y, por tanto, el que puede ordenarlo todo sin sacrificar nada. El ordenamiento no pocas veces será muy difícil y doloroso, pero nunca será castrante y siempre será fecundo. Aunque nunca se logre del todo y siempre se esté en camino.

Desde este quicio trascendente aprenderé a distinguir entre mi idiosincrasia, es decir, mis particularidades, que tienen

sentido, pero no son trascendentes, y mi yo más genuino y auténtico que, siendo concretísimo, es más abierto, más plástico, más dinámico, más configurador.

Si Dios nos ha creado a cada uno, no según nuestra especie, con una relación genérica, sino con nuestro nombre, no aceptarme como individuo es maldecir de Dios, es pensar que su relación constante de amor no produce seres realmente estimables o, peor, es pensar que soy producto de su poder y no de su amor, de su relación de amor constante. Si soy consciente de que vengo de una relación de amor absolutamente individualizada, me tengo que ver como un individuo valioso y tengo que tomar a pecho conocerme y desarrollar todas las facultades que Dios ha puesto en mí. Tengo que ponerme a valer, aunque no sea sino por deber de gratitud.

Ahora bien, si me acepto como el tú del amor constante de Dios, no tiene ningún sentido el individualismo; incluso se ve como una terrible pérdida. El individualismo parte de la ilusión de que tengo que nacer de mí mismo y no deberle nada a nadie, de que tengo que diseñar lo que quiero y perseguirlo con la mayor sagacidad del mundo. Capta mi yo como mera materia prima moldeable para mis propósitos, para lo que decido ser, valer, tener y poder. Es ilusión porque yo soy ante todo hijo, no solo del amor creador, discreto y constante de Dios, sino de mis papás y de tantos que me han ayudado decisivamente hasta llegar hasta donde estoy. Por tanto, no soy materia prima sino hijo de amor y, por eso, mi destino, un destino que es realización libre del yo que soy, es desarrollar personalmente esto que soy, esto que he recibido, que no es una camisa

Tener que decidir en cada coyuntura porque tomamos la vida en nuestras manos, es vivir humanamente. Como todo, tiene un aprendizaje y necesita estímulo y confianza de fondo.

de fuerza sino dotes abiertas para que asuma, moldee y desarrolle.

Si me trato, así como individuo, aprendo a ver a los otros individuos, a respetarlos, a admirar aquello que tienen de más trascendente, a ayudar a que lo desarrollen, a ayudarme de sus procesos para estimular el mío. Se da la convivencia, la ayuda mutua, la emulación positiva.

COMO SOMOS SERES EN PROCESO TENEMOS QUE RESPONSABILIZARNOS DE NOSOTROS MISMOS. ASÍ NOS CONSTITUIMOS EN SUJETOS

Desde este modo de procesar mi condición de individuo viene la consideración de mi condición de sujeto. Soy sujeto en cuanto me responsabilizo de mi vida. Si mi vida está abierta, en constante producción, no solo de realidad sino de mí mismo, y si los seres humanos somos seres abiertos que podemos hacernos, pero también deshacernos, humanizarnos o deshumanizarnos, si son nuestras acciones conscientes y libres las que nos edifican, o deforman o destruyen, nos constituimos como sujetos cuando asumimos responsablemente la conducción de nuestras vidas, cuando nos proponemos edificarnos como seres humanos y llevamos esta propuesta consecuentemente. De este modo llegamos a ser sujetos humanos.

Ahora bien, también somos sujetos, aunque no con calidad humana, cuando nos entregamos a nuestra pasión dominante, de modo que pongamos al resto de nuestro ser y a otros seres humanos a su servicio, o cuando andamos divididos entre esa entrega y el proceso de humanización.

Ahora bien, no somos sujetos cuando delegamos nuestra vida en una persona o institución a la que nos entregamos no deliberadamente haciendo lo que nos digan a cambio de seguridad o cuando nos entregamos a los dictados del orden establecido, tanto a nivel estructural como a lo que está de moda, o cuando dejamos que la vida nos viva, restringiéndonos a responder conductualmente a cada coyuntura. De esos tres modos vivimos irresponsablemente, sacrificando nuestra condición de sujetos.

Por tanto, ese individuo concreto que somos no está cristalizado. Tiene una serie de cualidades y potencialidades y también de carencias. Pero con eso de que dispone, que es concreto y limitado, pero que puede ser optimizado,

tiene que constituirse en ser humano con calidad humana. Son sus acciones las que lo humanizan. Pero está radicalmente abierto, es decir, que sus acciones pueden humanizarlo o deshumanizarlo. Si se dedica a desarrollar y poner a funcionar sus cualidades, sin tomar en cuenta la calidad humana, se deshumaniza. Pero si opta por la calidad humana, tiene que cultivar al máximo sus potencialidades. Esto es así porque desarrollar las cualidades sin tomar en cuenta la calidad humana es entregarse a un aspecto de nuestro ser y concentrarse en ello, poniendo todo en función de ese objetivo. Puede ser centrarse en los requerimientos del orden establecido a los que creo que puedo responder mejor que otros porque tengo dotes para ello; de este modo podré subir en la escala social y satisfacer mis gustos. Absolutizar esos requerimientos y vivir para satisfacerlos es entregarse a los dictados del orden establecido abdicando mi propia responsabilidad. Así no soy sujeto sino un miembro de la élite. Entregarme a una pasión dominante, por ejemplo, a imponer mi voluntad, o a hacerme rico, o a obtener el mayor placer posible, es autonomizar un aspecto de mi ser, que, de suyo, es subordinado a otros más profundos y poner al resto en función de él. De este modo queda preterido lo más auténtico mío y el sujeto que resulta, que puede ser muy robusto, no es humanizador porque no hace justicia ni a mi realidad ni a la realidad.

No es, pues, fácil asumir consecuentemente nuestra condición de sujetos. Muchos alegan que ese modo de vivir los estresa de tal modo que impide que vivan con una mínima paz. Es cierto que empezar a hacerlo, si no se tiene el hábito, al principio resulta muy cuesta arriba porque exige un discernimiento constante y tomar decisiones que, sobre todo, al comienzo del proceso, pueden resultar muy dolorosas por ir a contracorriente de lo que hemos vivido hasta ese momento. Y, sobre todo, porque exige que las diversas decisiones vayan todas en la misma dirección humanizadora, desde lo concreto que soy y de lo que la situación pone en juego. Pero no tenemos otro camino si queremos vivir responsablemente.

Tener que decidir en cada coyuntura porque tomamos la vida en nuestras manos, es vivir humanamente. Como todo, tiene un aprendizaje y necesita

Así pues, nuestra entrega es respuesta agradecida a la entrega de otros que nos han posibilitado la vida y su calidad humana. El modo más primario de ser personas es ser hijos. Luego somos hermanos y puede ser que padres y madres.

estímulo y confianza de fondo. Pero, si somos consecuentes, se da la costumbre, en el mejor sentido de la palabra de libertad corporeizada⁴. Y, si se persevera en el empeño, se llega a dar la fidelidad, que es una especie de reposo en la acción constante, una acción que no necesita ser elegida en cada caso porque se da una elección de fondo que acaba caracterizando a la persona y que se consolida en cada ocasión en que se siga eligiendo desde lo más genuino de uno.

Es claro que ser sujeto de ese modo no tiene nada que ver con hacer lo que a uno le dé la gana, ni con salirse siempre con la suya. El que hace siempre lo que le da la gana absolutiza la gana, que es algo muy relativo, que no puede ser nunca el motivo decisivo para obrar. El que se sale siempre con la suya se deja llevar por el yoísmo o por su pasión dominante, si la suya va siempre en una misma dirección. Una pasión dominante, por ejemplo, el dinero, o el poder, o el reconocimiento, es un elemento del yo, que no es lo más genuino de uno y que por tanto tiene que realizarse de tal modo que sea expresión de ello y no que arrastre a todo lo demás y unifique al yo alrededor de algo que no es absoluto y así lo deforme y lleve al fracaso humano, aunque se tenga el mayor éxito.

El que se va constituyendo en verdadero sujeto humano va viviendo en la realidad y en ese sentido textual se va realizando, es decir, se va haciendo más real y conjuntamente ayuda a que la realidad dé de sí. De este modo, además en la realidad se encuentra con otros sujetos responsables en ententes humanizadoras y se edifican comunidades humanas y el cuerpo social.

Ahora bien, quienes comandan el orden establecido y se empeñan en dar la impresión de que es verdadera expresión de la realidad, al verse desenmascarados y puestos en su lugar por los verdaderos sujetos humanos que no siguen sus dictados y resultan atractivos para otros por su alto grado de humanidad, que además se expresa como respectividad positiva, van a reaccionar denigrando de quienes descubren la realidad, ya que no pueden negar la verdad de lo que dicen y ponen al descubierto. Por eso, vivir como auténticos sujetos humanos tiene un precio elevado y tanto más elevado cuanto más capacidad se tenga de vivir en la realidad y de convocar a ella.

SOMOS PERSONAS CUANDO ACEPTAMOS LA RELACIÓN QUE NOS CONSTITUYE Y NOS CONSTITUIMOS EN RELACIÓN

Pero lo más hondo del ser humano es que es persona. Es persona cuando, desde su insobornable individualidad y desde la responsabilidad asumida de echar adelante su ser, acepta la entrega de otros, ante todo de sus padres y en el fondo de Dios, pero más generalmente de tantos que le han dado gratuitamente y, correspondiendo, da de sí con la misma horizontalidad y gratuidad con que otros le han dado y siguen dando. La persona se constituye por las relaciones, más aún, consiste en ellas. No cualquier relación, sino las de entrega de sí horizontal, gratuita y abierta. Esta noción de persona es tan ajena a nuestra cultura que en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española persona equivale a individuo: "individuo de la especie humana" y en ninguna acepción secundaria aparece la relación.

Ahora bien, lo característico de nuestro *ser persona* es que comenzamos recibiendo y que el dar de nosotros y darnos es, por tanto, respuesta. En este sentido literal, que es el más profundo, somos seres responsables. La cría humana es la más desvalida y por eso nacemos absolutamente autocentrosados y por eso Dios la ha dotado de un arma casi invencible: el llanto, de manera que, si no quieren atenderla por las buenas, lo hagan para que la criatura los deje en paz. Ahora bien, cuando hay amor constante, la criatura capta, aunque todavía no sepa conceptualizarlo, que alguien que no es ella conoce tan bien como ella sus necesidades y quiere y puede satisfacerlas. Al hacerse cargo de esta realidad, se pone en sus manos, se entrega a ella, vive de fe. Así pues, nuestra entrega es respuesta agradecida a la entrega de otros que nos han posibilitado la vida y su calidad humana. El modo más primario de ser personas es ser hijos. Luego somos hermanos y puede ser que padres y madres.

Esta relacionalidad constituyente se materializa en la respectividad con todos los seres humanos, antes, incluso, de cualquier relación. Todos somos respectivos y por eso todos nos afectamos unos a otros. Nos afectamos en la medida de la densidad de nuestro ser, de nuestra condición de sujeto. Ahora bien, esa afectación puede ser positiva o negativa, porque esa respectividad está teñida de lo que estemos haciendo con nosotros mismos, de nuestra dirección vital: si

Desde el punto de vista cristiano las relaciones personalizadas son las de hijo y hermano: hijos de nuestro padres e hijos de Dios en el Hijo y hermanos de todos en el Hermano universal. Son relaciones trascendentes. Ante todo, porque el amor, del cual son expresión, lo es, porque Dios es amor y quien ama le vive a Dios

nos estamos edificando humanamente, nuestra respectividad será positiva. Pero si nos dejamos llevar por nuestra pasión dominante, nuestra respectividad será negativa. Desde el primer caso al estar entre los demás les estaremos haciendo bien; en el segundo, estaremos haciendo daño⁵.

Ahora bien, aunque la afectación se da siempre, eso no significa que los demás nos influyan. Sí nos influyen, si el otro y nosotros estamos ambos en la misma línea de humanización, porque nos abrimos a esa influencia, porque la captamos buena conductora de nuestra dirección vital. Y también si, siendo una respectividad negativa, su respectividad es más fuerte que la nuestra y no hemos conseguido una libertad liberada.

Para nosotros los cristianos la base de nuestro concepto de persona está en el modo de ser personal del Dios que nos ha revelado Jesús de Nazaret. Dios no es, como lo propone el orden establecido, el Monarca universal, el que trasciende las jerarquías sociales de un modo sublimado: el que más manda, aunque, a diferencia de otros, mande para nuestro bien, el que se relaciona de arriba abajo. Las personas divinas son “relaciones subsistentes”⁶; es decir, que no es que existan el Padre, el Hijo

y el Espíritu y se relacionen. Eso sería triteísmo. Lo que existe es la relación que a la vez diferencia (Padre, Hijo y Espíritu) y mantiene unidos (un solo Dios verdadero). El papa Francisco lo dice hermosamente:

Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente⁷. Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas (LS 240).

Este es el mayor cambio de horizonte que tenemos que hacer, si queremos ser cristianos consecuentes, porque desde el horizonte griego que impregna nuestra cultura, lo que más realidad tiene es la



Se puede mandar observar los derechos humanos y sancionar incluso penalmente a quien no lo haga. Pero no puede mandarse que en nuestro comportamiento con los demás seamos fraternos. Es un deber comportarnos fraternamente porque en realidad, de verdad, sí somos hermanos.

sustancia; la relación es un accidente: yo me relaciono con el que quiero, para lo que quiero y mientras quiera. Por eso yo soy un individuo, más aún, un sujeto. Eso es lo que nos mete por todos los poros la cultura ambiental en cualquiera de sus versiones, aun las más depuradas. Sin embargo, desde el Dios cristiano lo que más realidad tiene es la relación⁸. La relación nos hace ser lo que somos más en el fondo: personas.

Así lo expresa el primer capítulo del Génesis: “a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó” (Gn 1,27). Desde el paralelismo bíblico, que repite dos veces la misma idea destacando algún aspecto, la imagen de Dios no es el varón y también la mujer, cada uno por separado, sino su relación, el que lleguen a formar una sola carne⁹. Es obvio, si nuestro Dios es una comunidad de personas de tal modo que ellas sean relaciones subsistentes.

Así pues, todos somos personas en cuanto todos somos hijos de amor, en todo caso de la relación discreta y constante de amor de Dios que me pone y mantiene en la existencia y normalmente de mis padres y de muchos otros. Ahora bien, aunque en principio por eso todos somos personas, no lo somos plenamente si no aceptamos esas relaciones y no correspondemos amando como somos amados.

Por eso, si acepto el individualismo ambiental, no soy persona. Podré tener poder y éxito, incluso lo que se dice una gran personalidad, es decir, rasgos muy acusados con una gran capacidad de irradiación o de dominio. Pero no seré una persona. Solo soy persona si acepto y recibo la relación de otros, si me acepto como hijo de mis padres, que me han amado incluso antes de que viera la luz, y como puesto a la altura del tiempo por tantos que me han ayudado porque me han querido bien, y yo a mi vez me entrego a ellos y a otros como padre, hermano y compañero de camino y en principio estoy abierto a todos sin excluir a nadie.

No se trata, pues, de amar a los que me aman; eso, es decir, amar únicamente a ellos, no tiene gracia (Lc 6,32)¹⁰. Se trata de amar como he sido y soy amado. Amar, una relación fecunda, creadora y en principio abierta a todos. Si no está abierta en principio a todos, no es amor sino espíritu de cuerpo. O no es sino mera complacencia o atracción mutua. “Cuando las ganas se juntan”¹¹ no es

una relación personal porque el otro es el objeto de mis ganas y yo de las suyas; la relación es, pues, de sujeto a objeto. El ejemplo más primario de una relación en principio abierta y, por tanto, personal es el de los esposos que llegan a ser una sola carne y por eso se abren a los hijos y radicalmente a la humanidad y a la creación.

Por eso la prueba más radical de que amo y, por tanto, soy persona es el amor a los enemigos. Como se ve, aquí amor nada tiene que ver con sentimientos, que pueden ser muy negativos. Es querer su bien, bendecirlos y no maldecirlos y pedir a Dios por ellos (Lc 6,27-28).

Así como el cultivo de la individualidad y de la condición de sujeto están en el ambiente, aunque con direcciones bien distintas de las que nosotros hemos propuesto, el cultivo de nuestra condición de persona no tiene lugar. Por eso, si me entrego al orden establecido, en cualquiera de sus versiones, en cuanto de mí depende, dejaré de ser persona.

Eso no significa que no haya hoy muchas personas, muchos seres humanos que cultivan eximamente esas relaciones personalizadoras. Gracias a Dios las hay y por ellas es posible vivir hoy humanamente. Ellas son las que, en los términos de la primera carta de Juan, vencen al mundo (“lo que vence al mundo es nuestra fe”: 5,4). Porque la fe es la única relación de persona a persona¹². Al vivir de fe, es decir, de esas relaciones personalizadoras, alcanzamos la libertad respecto del orden establecido y podemos seguir este camino humanizador, a pesar de cualquier presión. Este es específicamente el poder de las personas, que, por eso, son capaces de vencer al mal a fuerza de bien (cf Rm 12,21).

LAS RELACIONES PERSONALIZADORAS SON LAS DE HIJOS Y HERMANOS

Desde el punto de vista cristiano las relaciones personalizadoras son las de hijo y hermano: hijos de nuestro padres e hijos de Dios en el Hijo y hermanos de todos en el Hermano universal. Son relaciones trascendentes. Ante todo, porque el amor, del cual son expresión, lo es, porque Dios es amor y quien ama le vive a Dios (1Jn 4,8.7); pero también porque nosotros no somos hijos de Dios por ser sus creaturas, ni hermanos por ser seres humanos, incluso si provenimos de un mismo tronco. El Creador da a la criatura el ser de la criatura; el Padre da al Hijo



RAFAEL HERNÁNDEZ/PA

El problema es que ni la educación formal, ni la propaganda de los Estados, ni la publicidad de mercancías, ni la opinión pública ponen en funcionamiento la fraternidad ni son expresión de ella. Sí hay muchas personas que la practican y algunas que la inculcan concretamente. Pero no se puede decir que este último punto sea lo que distinga a la institución eclesial ni al grueso de los cristianos.

su propio ser. La diferencia entre que Dios nos dé nuestro ser a que nos dé su ser es infinita. Nosotros somos hijos de Dios porque Jesús, su Hijo único y eterno, se ha hecho nuestro Hermano y nos lleva realmente en su corazón¹³. Por eso somos hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano universal. Este es el sentido más hondo de la sacralidad de la persona. Esto no significa que solo los cristianos somos hijos de Dios y hermanos entre nosotros, porque Jesús al morir/resucitar derramó sobre todos a su propio Espíritu (Jn 19,30; Hch 2,17), Espíritu de hijos y de hermanos.

Eso explica que en el primer artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) se nos exhorte a comportarnos fraternalmente: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”. Se puede mandar observar los derechos humanos y sancionar incluso penalmente a quien no lo haga. Pero no puede mandarse que en nuestro comportamiento con los demás seamos fraternos. Es un deber comportarnos fraternalmente porque en realidad, de verdad, sí somos hermanos. Pero el fundamento de esta fraternidad no es otro que el que Jesús se haya hecho nuestro Hermano y nos lleve realmente en su corazón y que así nos haya hecho a todos hijos de

su Padre. Como se ve, no es un fundamento que esté en nuestra naturaleza humana sino en nuestra historia, una historia que no es patrimonio de todos. Pero de la que todos pueden participar, porque todos hemos recibido el Espíritu de hijos. Por eso tantos líderes, la mayoría no cristianos, pudieron aceptar este primer artículo y les pudo sonar bien y les pareció que era el único modo de superar lo que había conducido a la guerra más mortífera y destructiva de la historia. Por eso les pareció bien colocarlo como el primero ya que es, en verdad, la condición de posibilidad de que se observen los demás.

El problema es que ni la educación formal, ni la propaganda de los Estados, ni la publicidad de mercancías, ni la opinión pública ponen en funcionamiento la fraternidad ni son expresión de ella. Sí hay muchas personas que la practican y algunas que la inculcan concretamente. Pero no se puede decir que este último punto sea lo que distinga a la institución eclesial ni al grueso de los cristianos. Lo oficial es inculcar la doctrina, los preceptos y los ritos, no la fraternidad evangélica ni menos iniciar a ella. Aunque, insisto, que siempre hay cristianos que la practican, incluso sistemáticamente y hasta de modo eximio y hoy el papa Francisco la encarna muy concretamente y lo propone convincentemente.



RODRIGO ABD/AP

*“... la igualdad divina no significa para Jesucristo ‘obtener o adquirir’, sino más bien ‘dar’, lo que se expresa correctamente en el amor que se entrega y dona a sí mismo”.
Porque “[...] lo que en última instancia define y pone de manifiesto a Dios es el amor que se dona y entrega”.*

PERSONAS COMO JESÚS Y A TRAVÉS DE ÉL

Ahora bien, la imagen adecuada de Dios es Jesús de Nazaret. Él es el Hijo único y eterno humanado. Y precisamente porque es el Hijo de Dios se ha hecho nuestro Hermano. Como Dios es relación, su modo de revelar a la comunidad divina es entrar en la comunidad humana, no solo como uno de tantos sino precisamente como nuestro Hermano. No como somos hermanos de carne y sangre, ni por provenir de un mismo tranco, sino por llevarnos realmente en su corazón, en su amor. Al estar realmente dentro de él, como hijos en el Hijo. Este es el sentido más hondo de ser personas. Y lo somos todos los seres humanos porque a todos nos lleva Jesús en su corazón y porque sobre todos ha derramado su Espíritu para que podamos relacionarnos desde dentro con Dios y con Jesús; para que podamos corresponderles.

Peró si Jesús nos lleva personalizada-mente en su corazón a todos los seres humanos eso significa que no acepto estar en él si no acepto a todos los seres humanos como hermanos en Cristo. Ser hermano de Jesús conlleva ser hermano

de todos. Ese es el sentido más hondo de ser persona.

Esto es lo que nos dice también el himno que Pablo coloca en su carta a los Filipenses para exhortarlos a tener sus mismos sentimientos y consiguientemente a dar y darse. Jesús es lo contrario de lo que piensan de sí y hacen los tiranos, que consideran como un privilegio que tienen que conservar a toda costa lo que de hecho han arrebatado a los demás. Jesús, precisamente porque era de condición divina, no consideró su estatus como un botín para conservar, sino que se expropió, revelando así lo que consiste ser Dios: “[...] contrariamente a la imagen estándar de los déspotas orientales, la igualdad divina no significa para Jesucristo ‘obtener o adquirir’, sino más bien ‘dar’, lo que se expresa correctamente en el amor que se entrega y dona a sí mismo”¹⁴. Porque “[...] lo que en última instancia define y pone de manifiesto a Dios es el amor que se dona y entrega”¹⁵. “Por lo tanto, Jesús revela y encarna la verdadera imagen de Dios, y podemos reconocer en él lo que propia y verdaderamente caracteriza a Dios: el don”¹⁶.

Si cada uno de los seres humanos provenimos de otros, si en la concepción de cada uno está la relación, lo mismo que en la gestación y en la crianza, parece que tendríamos que afirmar que la dimensión personal tiene la voz cantante, en cuanto que es la relación la que nos hace ser a cada quien el individuo que somos.

Ahora bien, este texto de Filipenses señala una característica del amor que es crucial expresarla porque tendemos a ladearla: es la autolimitación, expresada como vaciarse y humillarse. Naturalmente que Jesús no se vacía de su condición divina, sino que al encarnarse la revela porque la actúa ya que es una manifestación eximia del amor en que Dios consiste. Tampoco se humilla ni se rebaja porque él como es amor encarnado, nunca ha deseado estar encima de nadie, más bien lo ha rehuido sistemáticamente. Utiliza esas expresiones, típicas de una sociedad piramidal, para expresar que como es de condición divina se ha autolimitado porque, si busca extenderse hasta ocupar todo el espacio, como hacen los que mandan imponiéndose, no puede amar, está arrebatando a otros sus derechos y no entregándose a ellos para que sean con plenitud.

Esta especificación, típicamente jesuánica, del modo de relacionarse es decisiva en este tiempo en el que se nos insta por todos los medios a lo contrario.

RELACIÓN ENTRE LAS TRES DIMENSIONES

Si cada uno de los seres humanos provenimos de otros, si en la concepción de cada uno está la relación, lo mismo que en la gestación y en la crianza, parece que tendríamos que afirmar que la dimensión personal tiene la voz cantante, en cuanto que es la relación la que nos hace ser a cada quien el individuo que somos.

Sin embargo, eso no es tan exacto porque esas relaciones no necesariamente son personales. Lo son en el mejor de los casos, incluso nos atreveríamos a afirmar que en la mayoría de los casos; pero en otros no ha habido amor, en el sentido preciso de entrega de sí gratuita, horizontal y abierta, o el amor no ha llevado la voz cantante, o aunque sí la haya llevado, otro tipo de relaciones han estado también presentes y han dejado su huella en la criatura.

Como no todas las relaciones personalizan, tenemos que decir que no siempre la relación personalizadora lleva la voz cantante y que cuando esto sucede las tres dimensiones no se desarrollan armónicamente, hay desequilibrio interior y, por tanto, el ser humano no se desarrolla humanizadamente.

Así pues, lo que sí podemos afirmar es que cuando la relación personalizadora lleva la voz cantante, ella actúa para

que el individuo desarrolle sus mejores potencialidades y supere tanto la entrega a un elemento suyo que se absolutiza y pone todo lo demás a su servicio en una unificación que no hace justicia a su realidad, como la entrega a la incitación del momento o a pulsiones elementales que impiden su crecimiento armónico. Las relaciones personalizadoras son el mejor aliciente para que el individuo se desarrolle superadoramente y dé de sí incesantemente y también reciba de modo que lo recibido lo enriquezca.

También incitan a que el ser humano asuma su responsabilidad y se asuma como un sujeto cada vez más solvente. A que venza la propensión a la autoafirmación y el cansancio, por la alegría que le da la entrega responsable a los demás.

Ahora bien, afirmando que las tres dimensiones del ser humano se desarrollan al máximo y con armonía y humanizadamente cuando lleva la voz cantante la relación personal, también tenemos que decir que es importante tener en cuenta muy expresamente las otras dos dimensiones. Los que se relacionan con amor tienen que tener presente que la persona a la que aman es un ser único, como ellas mismas, y, además, como ellas, un ser en ciernes, no solo abierto sino en desarrollo, nunca consumado, más aún, con la posibilidad de deshacerse en vez de hacerse, de deshumanizarse en vez de humanizarse. Por eso el amor tiene que llevarla a conocer lo más posible la peculiaridad de la persona amada para estimular sus dotes, sus mejores potencialidades y para ayudarla a superar lo ambivalente o lo desnaturalizado. Para eso tiene que llevarla a que reconozca su responsabilidad para con ella misma, una responsabilidad irrenunciable, y a que la cultive sin engañarse a sí misma, sin bajar la guardia y como un ejercicio que la enaltece. Al hacer esto la persona que ama, también actúa su propia responsabilidad y al actuarla con discreción, con sabiduría, también ejercita sus mejores dotes.

Así pues, cada una de las tres dimensiones, aunque están relacionadas y en el ejercicio humanizador se potencian mutuamente, tienen que ser tenidas en cuenta y cultivadas cada una muy expresamente, dedicando atención, interés y tiempo cualitativo a cada una de ellas. La responsabilidad tiene que actuarse referida a cada aspecto, poniendo todo el interés en desarrollar todo lo positivo y, apoyándose en ello, cultivando aquello



Kobra, un muralista brasileño confinado promueve la unidad en pandemia.

RELIGIÓN DIGITAL

Las relaciones personalizadas son el mejor aliciente para que el individuo se desarrolle superadoramente y dé de sí incesantemente y también reciba de modo que lo recibido lo enriquezca.

en lo que tenemos más dificultad y tratando de superar lo negativo. Buscando siempre el equilibrio y la armonía entre todos los aspectos y no el desarrollo unilateral de lo que *nos da más nota* o en lo que logramos más éxito, dejando descuidado lo que nos parece más gris o nos cuesta más.

*Teólogo.

NOTAS:

- 1 Para Medellín el correlato de la personalización es la socialización (Justicia n°13) y el papa Francisco insiste en que la persona es relación.
- 2 "Como vaya viniendo, vamos viendo".
- 3 "Dignidad de la conciencia moral" (*Gaudium et Spes* 16).
- 4 Dos ejemplos sencillos son, el primero la costumbre de paramos de la cama cuando suena el despertador. Si esa costumbre no está arraigada gastaremos tiempo y energías en tener que elegirlo cada día y habrá días en que no nos paremos. El segundo, más complejo, la costumbre de no distraernos al estudiar. Si no hemos internalizado ese modo de estudiar, gastaremos varias horas en el estudio y realmente no habremos estudiado ni una hora. Y así perderemos mucho tiempo y no habremos asimilado bien lo estudiado.
- 5 Este es el fundamento objetivo, más allá de lo que tiene de elaboración cultural, del *mal de ojo* ya que el niño es el ser más desvalido y por eso influenciable.
- 6 Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, p 1, q 40, a 2.
- 7 Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 11, art. 3; q. 21, art. 1, ad 3; q. 47, art. 3.
- 8 "La concepción teológica de la Trinidad devela que la comunión o relación, más que la sustancia, es la estructura básica de la

realidad" (GURIDI (2018): *Ecoteología: hacia un nuevo estilo de vida*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado. Pp.106-107; 218.

- 9 "Por lo tanto la *imago Dei* no refiere simplemente a capacidades humanas inherentes, como la razón, la libertad o la autoconciencia. Más bien conecta inmediatamente al ser humano con Dios y con el resto de la creación, y por tanto debe ser entendida en esta perspectiva" (GURIDI. *Ob.cit.* 180).
- 10 O en términos de Mateo, qué recompensa recibirán o qué mérito tienen (5,46-47).
- 11 Verso de la canción "Caballo viejo" del músico venezolano Simón Díaz.
- 12 TRIGO (2013): "Estructura de la relación de fe". En: *Relaciones Humanizadoras*. Santiago de Chile: Eds. Universidad Alberto Hurtado. Pp. 19-47.
- 13 TRIGO (2018): *Jesús nuestro hermano*. Maliaño: Sal Terrae. Pp. 40-41.
- 14 GURIDI (2018): *Ob. cit.* P. 234.
- 15 *Ibidem.* P. 235.
- 16 *Ibidem.* P. 246.